

Confiar en el Espíritu: Alumnos (8/13)

Dr. Justo L. González



Hechos 11
Lecciones Cristianas
25 de octubre de 2015

Semillas de crecimiento: Confiar en el Espíritu (alumnos)

8 de 13

Texto impreso: Hechos 11:1-18

Propósito de la lección

Continuamos estudiando la historia de Pedro y Cornelio, aunque ahora enfocaremos la atención sobre lo que sucedió en la iglesia de Jerusalén al recibir noticias de lo que Pedro había hecho en Cesárea. Veremos que esa iglesia descubrió nuevas dimensiones del evangelio —que en cierto sentido, se convirtió. Esto nos llevará a ver que lo mismo es cierto de cada creyente y de toda iglesia: cuando damos testimonio, y sobre todo cuando ese testimonio es en lugares y circunstancias inesperados, nuestra fe se acrecienta, se nos aclara, se amplía.

Examen de la Escritura

El texto que estudiamos esta semana es una continuación directa del que estudiamos la semana pasada. Antes de que Pedro regresara a Jerusalén, ya había llegado allá la noticia de lo que había sucedido en Cesarea, en casa de Cornelio. Luego, cuando Pedro llega a Jerusalén, los creyentes en esa ciudad le piden cuentas. Desde el punto de vista de cualquier judío devoto, lo que Pedro había hecho era inaudito: ¡Comer con gentiles! “¿Por qué has entrado en casa de hombres incircuncisos y has comido con ellos?” (11:3).

El modo en que la pregunta se plantea claramente da a entender que no es mera cuestión de

curiosidad, de enterarse de lo que sucedió. Tampoco le están pidiendo un informe sobre algún éxito que ha tenido —“Qué bueno que fuiste a Cesárea. Cuéntanos”. Más bien se preguntan cómo es que Pedro ha sido capaz de cometer tal error.

Es interesante notar que lo que les preocupa a estos creyentes no es lo que más tiende a interesarnos hoy, es decir, la conversión de los primeros gentiles. Tampoco se le pregunta a Pedro por qué los bautizó —después de todo, entre judíos era costumbre bautizar a los “temerosos de Dios” como Cornelio cuando se hacían judíos. La pregunta tiene que ver más bien con cuestiones de pureza, de no contaminarse con lo inmundo. Al parecer, lo que más preocupa a estos hermanos es que Pedro haya comido con gentiles. Aparentemente no se han enterado de que Pedro se quedó con Cornelio y los suyos por varios días. Si lo supieran tanto mayor hubiera sido el escándalo y la preocupación de estos hermanos.

La respuesta de Pedro es una repetición abreviada de lo que vimos la semana pasada: Estando en Jope, Pedro tuvo la visión del lienzo que descendía del cielo, con animales impuros de los que se le ordenaba matar y comer. Cuando, tras tres admoniciones de comer, el lienzo regresó al cielo, llegaron tres hombres a la puerta de la casa en Jope donde Pedro se estaba hospedando. Pedro recibió instrucción del Espíritu Santo, que fuera con ellos, y así lo hizo, llevando consigo a otros seis creyentes. Al llegar a casa de Cornelio (cuyo nombre Pedro no nos da en este resumen), este les contó de la visión que había tenido. Entonces Pedro comenzó a hablar, y el Espíritu Santo cayó sobre su audiencia. El modo en que Pedro describe ese momento

da a entender que él mismo estaba tan sorprendido como cualquier otra persona.

En este punto Pedro incluye uno de los pocos detalles que se incluyen en este resumen que no se menciona en el capítulo anterior: que al ver el Espíritu Santo descender sobre Cornelio y sus allegados, “Me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: ‘Juan ciertamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo’” (Hch. 1:5). En todo caso, en vista de lo que Dios estaba haciendo, Pedro dice: “¿Quién era yo que pudiera estorbar a Dios?”

Al escuchar este testimonio, quienes habían estado pidiéndole cuentas a Pedro no solo se muestran satisfechos, sino que alaban a Dios por este hecho para ellos inaudito, de que “¡también a los gentiles les ha dado Dios arrepentimiento para vida!”.

Al parecer, la cuestión de la admisión de los gentiles a la iglesia había quedado resuelta. Pero, como veremos en otras sesiones, la cuestión no era tan sencilla, y la iglesia tuvo que enfrentarse a ella una y otra vez.

Aplicación de la lección

Es costumbre referirse a lo que se cuenta en el capítulo 10 como “la conversión de Cornelio”. Esto se justifica, pues antes Cornelio, aunque era un hombre “piadoso y temeroso de Dios” (Hch. 10:2), no era creyente en Jesucristo. Pero al estudiar en conjunto estos dos capítulos de Hechos (el 10 y el 11), veremos que no se trata solamente de la conversión de Cornelio, sino también en cierto sentido de la conversión, primero, de Pedro; y luego, de toda la iglesia.

Veamos primero a Pedro. Pedro ha acompañado a Jesús a través de casi todo su ministerio. He escuchado sus enseñanzas. Ha recibido primero la promesa y luego la realidad del Espíritu Santo. Pero todavía no comprende el vasto alcance del mensaje de Jesús. Aunque se le dijo que él y los demás discípulos serían testigos de Jesús “hasta lo último de la tierra” (Hch. 1:8), su testimonio se ha limitado a Jerusalén y sus alrededores. No sabemos si él y los demás creyentes en Jerusalén se habían enterado de la acción de Felipe al bautizar al etíope. Pero en todo caso parece que Pedro no ha pensado en la posibilidad de que el evangelio se abra más allá de los límites del judaísmo. Es ahora, a través de la conversión de Cornelio y de su casa, que Pedro también se convierte, que descubre toda una nueva dimensión del evangelio.

Y lo mismo sucede después con la iglesia de Jerusalén al escuchar el testimonio de Pedro. Aquella comunidad que hasta entonces no tenía sino judíos entre sus miembros, declara sorprendida: “¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!”.

De no haber sido por esas conversiones, primero de Pedro y luego de la iglesia misma, el evangelio no se hubiera expandido por el resto del mundo. Y ciertamente no hubiera llegado hasta quienes no somos de origen judío, sino gentil.

Lo que vemos en los casos de Pedro y de la iglesia de Jerusalén se ve repetidamente en nuestras propias vidas y en la historia toda de la iglesia. Son muchas las personas que han tenido la experiencia de que su fe se acrecienta al dar testimonio de ella; que la entienden mejor al tratar

de explicarla; que al ver la conversión de otra persona, ellas mismas han experimentado un despertar en su propia fe.

Por eso, bien puede decirse que la historia de la expansión del cristianismo es también la historia de sus repetidas conversiones —de su descubrimiento o redescubrimiento de dimensiones olvidadas del evangelio. Cuando la fe cruza fronteras, como las cruzó en el caso de Pedro y Cornelio, se ve obligada a reflexionar sobre sí misma, se revitaliza.

Hoy se habla mucho de la “revitalización” de las iglesias. Esto se debe a que hay congregaciones que al parecer han perdido su vitalidad, en las que cada vez más todo va pareciendo rutina, y por tanto se va perdiendo el entusiasmo. Al hablar de tal “revitalización” se proponen muchas soluciones: darle más variedad al culto, mejorar los programas para jóvenes, tener células o grupos de estudio y oración. Todo esto es bueno, y debe hacerse. Pero en fin de cuentas, la iglesia solo puede revitalizarse dando testimonio de su fe, cruzando fronteras hacia lugares donde antes no había pensado ir.

Esto es fácil de decir, pero no tan fácil de hacer. Recordemos que Pedro se negó por tres veces a matar y comer de lo que se le ofrecía en la visión. Pedro, al igual que nosotros y nosotras, se sentía seguro y cómodo en sus costumbres y sus modos de hacer las cosas. Por eso muchas veces, al tiempo que hablamos de evangelizar, en realidad queremos que toda la gente en la iglesia sea como nosotros, y por eso no nos lanzamos a dar testimonio más allá de nuestros

propios círculos.

¿Desde dónde nos estará llamando Dios hoy, como antes llamó a Pedro desde Cesarea?

Oración

Dios nuestro, cuando estábamos fuera, tú llamaste a alguien para que nos diera testimonio de tu gracia y de tu verdad. Ahora que estamos dentro, muéstranos dónde quieres que vayamos, para dar también testimonio de esa gracia y esa verdad. Danos visión y valor para dar ese testimonio aun en lugares no acostumbrados, para allí encontrarte como Pedro te encontró en Cesárea. Amén

